

AGUILÓ, A. (2014) *Educación el carácter. Principios clave de la formación de la personalidad*. Madrid, Palabra.

Nos encontramos desde el inicio del libro inmersos en un ir y venir entre interrogantes y respuestas que el mismo autor se formula con la intención de motivar al lector en la difícil e inevitable educación del carácter, cuya responsabilidad, aunque compartida con las personas cercanas que se convierten en modelo a seguir, recae inexorablemente en uno mismo. La lectura de este libro requiere además del entendimiento de las ideas expuestas, la apertura hacia los caminos mostrados que contribuyen a mejorar el carácter, la voluntad y los sentimientos.

Una persona de carácter es consecuente con sus principios y presenta una determinada manera de afrontar los problemas de la vida. En este sentido hay personas positivas que a pesar de las dificultades saben vivir con humor, pero también hay personas derrotistas ante el más leve de los infortunios, lo que confirma que la felicidad no depende de variables externas.

Uno de los agentes cruciales en la educación del carácter es la familia, la cual contribuye no sólo en la formulación de principios, sino en persistir cuando cambian las circunstancias de la vida. Frecuentemente, los padres invierten más tiempo y esfuerzo en lo académico-intelectual y no tanto en la voluntad, felicidad y el carácter, contribuyendo de este modo a hacer niños infelices y vacíos. El contenido principal de la educación familiar no es curricular, como sinónimo de escolar, sino los valores que ha de forjar el carácter.

De todas las etapas por las que atraviesa la persona, la adolescencia es quizás una de las más emblemáticas en la formación del carácter, ya que atraviesa por una serie de dificultades tratadas en el segundo capítulo del libro (timidez, egoísmo, envidia, pereza, derrotismo).

Más específicamente, la rebeldía del adolescente ha sido abordada en el capítulo 3, centrándose principalmente en la inmediatez, la vanidad sobrealimentada por ideales que carecen de apoyo real, la fiebre del no como carácter crítico-destructivo, la necesidad de mantener la serenidad ante el dolor, la humillación o desgracia, el abandono de la autosuficiencia como orgullo que niega la posibilidad de recibir ayuda y el reconocimiento de la humildad que implica aprender a equivocarse, entre otros aspectos. Para la mayoría de estas no virtudes se ofrecen orientaciones prácticas y argumentos que nos permiten comprender mejor el carácter de los adolescentes, así como una propuesta didáctica a través de películas y libros para profundizar en estos temas.

Por otra parte, el discurso sobre el carácter entraña el debate entre herencia y ambiente en la determinación del mismo (capítulo 4). Desde el libro se hace una apuesta decidida, tal y como se demuestra en el título del mismo, por la educación. Las personas pueden presentar un carácter firme o cambiante condicionado por el qué dirán, sin asumir la imposibilidad de contentar a todo el mundo y cayendo en el autoengaño. Por otra parte, tan mezquino y dañino es vivir desde el andamiaje de la mentira como el exceso de sinceridad. Toda educación del carácter debe partir de la reflexión sobre uno mismo,

reconociendo tanto las virtudes como los defectos, así como el conocimiento de los que nos rodean. Todo ello contribuirá a formar personas con criterio (capítulo 5), lo que implica tener una voluntad de hierro forjada por el esfuerzo, la constancia y la tenacidad; ser observadoras, reflexivas y lectoras, ya que la lectura hace al hombre completo. Personas que evitan criticar todo, que evitan las dudas y aprenden a comprometerse e implicarse, que aparcan la desconfianza y el resentimiento porque ahogan la posibilidad de que emerjan la generosidad, confianza y gratuidad como señas de identidad del carácter que nos define.

En lo que respecta a la educación de la fortaleza y la generosidad (capítulo 6), estos rasgos del carácter dependen de la serenidad, autocontrol y dominio de uno mismo, el orden como premisa de éxito y aprender a reconocer la pereza activa, entendida como aquella en la que la persona es muy activa, pero solo en aquello que sabe hacer o que le cuesta menos hacer. Debe valorarse positivamente la templanza, constancia y tenacidad, huyendo del consumismo, desesperanza, hastío y aburrimiento que persiguen a los adolescentes. Para acabar con la desesperanza hay que agudizar el ánimo, albergando la posibilidad de hacer cosas, de asumir retos.

La soberbia es otro de los rasgos que comúnmente se asocia a la adolescencia, actuando como pequeños tiranos, vanidosos y con aires de superioridad, pero también a sus padres, quienes batallan, desde el inicio familiar, por intentar mantener la supremacía (capítulo 7). Actuar desde el

orgullo y el egocentrismo merma la vida en común. Los esfuerzos se vierten en defender nuestra verdad de forma absoluta entrando en discusiones prolongadas, en vez de perseguir que reine la paz y aprender a compartir las culpas, a controlar el mal genio y a evitar estar sospechando de todo y de todos.

Para educar el carácter de los hijos en las familias hay que tomar conciencia de que la relación con el adolescente debe forjarse desde la infancia, adoptar una postura comprometida, no buscar excusas constantemente, no dramatizar asuntos triviales, no olvidar que fuimos adolescentes y que hay cosas connaturales vinculadas a esta etapa (capítulo 8). Por eso, la familia debe educar desde la libertad en ser uno mismo, sabiendo que lo intelectual no es lo único ni lo más importante. Para ello resulta esencial generar un clima familiar de afecto y afabilidad, mostrando simpatía y tacto en la convivencia y evitando un frío distanciamiento que promueve la soledad acompañada en la unidad familiar (capítulo 9). La autoridad y obediencia se deben conseguir desde el respeto, amistad y confianza en el otro, otorgando, de este modo, una mayor credibilidad a la acción educativa que se desempeña en las familias.

M.^a Ángeles Hernández Prados